CAPITULO VI

DE LAS BUENAS COSTUMBRES

La moralidad debe procurarse en la famalia.—Rechazar los principios erróneos.—Cómo la bondad natural no basta para la salvación.—Saraos, bailes, etc., de beneficencia.—Sociedad en favor de los animales.

I

Asegurada así la fe y la religión de vues tros hijos, falta sólo que os consagréis á formar y vigilar sus costumbres, para lo cual la verdadera fe es ya un fundamento muy sólido, así como las costumbres santas son la mejor salvaguardia que pueda tener la verdadera fe. Advertid, pues, en primer lugar, que las buenas costumbres se forman y no son producto de la naturaleza y en ninguna parte mejor que en el seno de las familias cristianas, siempre que haya algún empeño en este punto. La experiencia enseña que, así como se transmiten de padres á hijos cier-

tas aptitudes naturales, así y mucho más se transmite la herencia de las buenas costumbres. De Tobías se dijo, con fundamento: que no pudo menos de ser un hijo tan digno, teniendo, como tuvo, padres tan santos, y el mismo mundo, cuando alaba ó vitupera á alguno, recuerda los ascendientes buenos ó malos que tuvo; no sin razón, porque es imposible que la niñez vea diariamente ejemplos de piedad, oiga santas máximas, se forme con prudentes consejos, y que poco á poco no abra su corazón á los sentimientos que naturalmente tienen que nacer de todo esto; así como, por el contrario, no es posible con los escándalos ante los ojos, con las blasfemias y las imprecaciones en los oídos, y con perversos consejos en el corazón, crecer sin sentirse de ello, ni mancharse con esa resina infernal. Reflexionad, pues, á solas, que á vosotros toca el formar las costumbres de vuestros hijos.

II

Conviene, sin embargo, para obtener un resultado tan grande, fijar la atención en dos cosas, á saber: que los principios de las buenas costumbres, fundamento de las verdades morales sobre las cuales ha de levantarse todo el edifirio de la vida cristiana, primeramente no sean malos y después de esto, que sean realmente cristianos. Y no sin motivo digo que se debe tener cuidado en no dejar entrar en las familias principios inicuos, pues son tantos los que corren en el día, no solamente en los hogares que viven de una

manera enteramente mundana, sino aún en las que hacen profesión de alguna piedad, que el librarse de ellos es empresa más rara de lo que se piensa. En la imposibilidad de presentar aquí una larga lista de estas máximas, sirvan de muestra estas pocas: "**que quien no sabe navegar en el mundo, naufraga siempre;—que á quien se hace oveja se la comen los lobos; —que en los negocios de interés el que anda con escrúpulos de conciencia, jamás hará fortuna.** A los jóvenes se les dice que: **mientras corre la primavera de los años conviene gozarla, pues demasiado pronto sobrevendrá el horrendo invierno de la vejez;** á las niñas se les insinúa: **que no teman ver ni ser vistas porque no encuentra compradores mercancía que nadie conoce.** En materia, pues, de diversiones, de teatros, de bailes, de festines, de amoríos y de cuantos halagos y disipaciones tiene el mundo, circulan tres máximas que bastarían para justificar el Corán. "**¿Qué mal hay, se dice, en tomar una poca de expansión, en divertirse, en solazarse?** y desde ese momento no se distingue entre recreación y recreación y se juzga lícito permitírselo todo con tal que de ello resulte algún deleite. "**Así obran todos** es la otra excusa, **todos, hasta las personas consagradas á la Iglesia y á la frecuencia de Sacramentos**" y contra tan alta autoridad nada valen, ni la palabra de los Pastores, ni el lenguaje de los Santos, como si ya no fuese el camino ancho, el camino de flores, el que conduce al abismo de la perdición. Finalmente "**¿qué se dirá de mí si me retiro, si no obro como los demás?**" y con solo esto es imposible ya que se hagan oir, ni la

voz de la razón ni el grito de la conciencia, ni el terrible clamor de las culpas que se cometen á cada paso. Estas y otras innumerables como estas, son las máximas que debéis destruir con vuestra autoridad, saliéndoles al encuentro, primero en cuanto empiecen á proclamarse, refutándolas, después, con razones apropiadas y haciendo ver sobre todo la oposición en que se encuentran con el espíritu del Evangelio, y por último, condenándolas abiertamente con la reprensión y el desprecio.

III

A este propósito, permitid que me ocupe en un error especial que en nuestros días trastorna muchas cabezas. Así como es tan reducido el conocimiento de la doctrina de Jesucristo, así también existen no pocos hombres que, en lo que atañe á la bondad, no distinguen ya absolutamente entre la natural y la que es sobrenatural y propia del cristianismo. De aquí que, cuando por un simple instinto de la naturaleza se han abtesnido de robar, de matar, ó han llegado hasta hacer un bien material al prójimo, se creen poco menos que santos dignos de ser canonizados, lo que es un error colosal, pues esa bondad natural vale ciertamente algo; mas quien creyese que con ella sola podía alcanzar la salvación eterna, se engañaría muy á su costa. El hombre ha sido elevado desde la Creación á un estado sobrenatural; y destituído, por la culpa del primer padre, de la posibilidad de tender á él, fué restaurado en Cristo y por El re-

conquistó el poder de entrar nuevamente en aquel estado. Por consiguiente, su bondad debe ser cual Jesucristo la prescribe, es decir, una bondad sobrenatural; y ésta, para no hacer aquí una amplia exposición de la doctrina católica, requiere primeramente el ejercicio de la fe, de la esperanza y de la caridad, y después, además de las obras prescritas por la naturaleza, las que Nuestro Señor quiso añadir. El culto divino quiere que sea una perfecta adoración y ésta se hace, sobre todo, por medio del sacrificio de nuestros altares: el modo de pedir perdón de las culpas, quiere que sea por medio del sacramento de la penitencia: para el ejercicio de la caridad ordenó la divina Eucaristía, para que nuestras obras tengan mérito de vida eterna, exige que se hagan en estado de gracia; las virtudes que nos prescribe son la humildad, la paciencia, el amor al prójimo llevado hasta el de los enemigos, y sobre todo, pide de nosotros una perfecta sumisión á la Santa Iglesia constituída por El, según se ha indicado, como guía autorizada de los fieles. Ahora bien; nada de esto entiende el mundo moderno inficionado de racionalismo, el cual, por el contrario, se ha formado un decálogo tal que muy bien podría convenir hasta á un pagano. Pero lo malo está, en que Jesucristo no reconoce, ni mucho ni poco, este nuevo Evangelio, que destruye el suyo, que reduce á la nada, en cuanto de él depende, la obra de la redención y nos hace saber que á quien no acepta el suyo, no está dispuesto á abrirle el reino de los cielos. Pero me diréis, ¿se va uno, pues, al infierno, porque no roba, porque no mata ó porque hace algún bien al prójimo? No; no se va por esto, pero si se va cuando se hace sólo esto y se descuida todo lo demás que Jesucristo ha mandado. Es preciso hacer también aquélio; pero ésto no se puede omitir. Y en verdad, todos vemos que ese decálogo tan reducido, en que se atrincheran algunos, se limita á muy poca cosa; no robar, no matar y hacer alguna pequeña caridad, deja todavía lugar á no ocuparse ni de Dios, ni de Jesucristo; lo deja á todas las libertades de la carne en pensamientos, en palabras y en obras, á las francachelas, crápulas y disoluciones de todo género, en una palabra, á todos los desórdenes que muy á menudo vemos hoy día en estos renegados abjuradores de las leyes de Dios. Enseñad, por lo tanto, á vuestros hijos á observar esta santa ley y á observarla toda como Jesucrito lo manda: "Docentes eos servare omnia quaecumque mandavi vobis," porque sólo de este modo conseguiréis salvarlos.

IV

Otro escollo, y no tan pequeño, que proviene de los falsos principios en materia de religión, es una costumbre que, introducida hace algunos años, se halla hoy cada vez más generalizada entre las personas acomodadas, y que consiste en ejercer la caridad por medio de bailes, jamaicas, conciertos, representaciones teatrales y otras diversiones por el estilo. Ahora bien, ¿es de aprobarse semejante costumbre? Bueno sería dejarla á los Protestantes, que la han inventado, y atener-

nos á la caridad antigua, tal como la enseña Jesucrito y la ordena la Iglesia, y esto por fundadas razones. La caridad para con el prójimo es virtud altísima que nace del amor á Dios y no se ejercita ni puede ejercitarse tan á la ligera, como sucede con un pasatiempo y una diversión. El pobre, el necesitado, es, á los ojos de la fe, un representante de Jesucristo y el cristiano que lo socorre, si sabe lo que le enseña su religión, no da al pobre sino á Jesucristo en la persona de aquél; y dar á Jesús lo que aumenta nuestras diversiones, es una cosa tan poco reverente, tan poco delicada, que apenas se concibe como lo entienden señoras que, por lo demás, tienen sentimientos exquisitos y no vulgares. "Pues qué, se dirá, ¿no se puede ofrecer á Dios una expansión que se toma honestamente?, y si se puede, ¿por qué no podrá tomarse como ocasión de limosna para el pobre?" Si se puede, con tal que sea un desahogo honesto, como sería una diversión indiferente por su naturaleza como una rifa, una lotería y otras semejantes; pero escojer precisamente aquellas diversiones, de las cuales la Iglesia desconfía tanto, de las que aparta, cuanto puede, á los fieles, porque con frecuencia son pecaminosas y peligrosas siempre; elegirlas, repito, adornarlas y coronarlas con la aureola de la caridad, cosa es absolutamente intolerable. Con ello á los fieles? Y de hecho sucede, que se quiere que aparezca legitimado lo mismo que la Iglesia, no sólo no aprueba ni quiere legitimar, sino que, por el contrario, lo reprueba y procura disuadir de ello á los fieles? Y de hecho sucede que muchos, que ordinariamente no tomarían

parte en esas fiestas y representaciones, tratándose de una obra de beneficencia, no se atreven á negarse, con lo cual esta falsa caridad se convierte en estímulo y excitación para hacer lo que, ni la piedad, ni la moral consienten. Por lo demás, ¿queréis ver con toda claridad y con vuestros propios ojos todo el peligro que esto encierra? Si la obra es buena y pura, debéis poder ofrecerla á Dios como cualquiera otra que sea buena ó indiferente, por lo menos; haced pues, la prueba de expresar con palabras vuestro ofrecimiento. "Señor, decid, esta noche yo "me vestiré de gran gala, y si es preciso, "descotada é indecente, (ya que esto lo "exige el mundo en tales casos); asistiré "á una representación teatral, que será tal "como el mundo moderno puede ofrecér-"mela; bailaré también, si es menester, to-"da la noche, recibiré las galanterías y "los cumplidos que se me prodiguen, me "mostraré amable con todo el mundo, me "divertiré cuanto pueda; pero todos estos "sacrificios los haré, Dios mío, por la ma-"yor gloria vuestra, y sobre todo, para que de mi mesa caiga siquiera alguna migajita para los pobrecillos que os representan." Si tenéis valor para hacer esta plegaria, hacedla en buena hora; mas si, como es natural, ella os causa horror, rechazadla con vuestras palabras, de modo que vuestros hijos la tengan en el concepto que se merece y el que quiera tomarse esos desahogos porque carezca de la fuerza necesaria para renunciar á ellos, que se divierta, pero que al menos no pretenda encubrir con el manto de la caridad la comezón que siente por lo malo., y de esa suerte se ahorrará siquiera la

nota de hipócrita, ya que no le horroriza la de amante desenfrenado del mundo. Yo he conocido un caballero muy respetable que, habiendo recibido varios boletos para un baile de beneficencia, envió al hospital, en cuyo favor se daba esa fiesta, una abundante limosna y al mismo tiempo devolvió en el acto valerosamente los boletos que se le habían obsequiado, con esta sencilla protesta: "Mi caridad no baila," que es la mejor respuesta que en estas ocasiones debería darse.

V

La caridad en estos últimos años se ha acrecentado tanto que, después de haber amado á todos los hombres, hay todavía algunos que extienden también sus afectos hasta las bestias y han creado sociedades que las protejan y defiendan sus derechos, llegando hasta fundar hospitales y hospicios para perros, caballos y otros animales. Entre nosotros, tal vez no hemos llegado hasta ese extremo; pero no faltan ciertas damas, sobre todo, medio románticas, medio sentimentales, que, delante de sus hijos, exageran en gran manera el afecto que se debe á aquéllos. Pues bien, ¿se ha de poner buena cara á esta enfermedad de la época? Mirad; el hombre no debe ensañarse contra los animales, porque no debe ser cruel ni bestial. La razón, y mucho más la fe, prohiben dar desahogo á las pasiones violentas de la ira y de la impaciencia, que son la causa ordinaria de los malos tratamientos que se les dan y así como vedan desahogarlas golpeando estúpidamente

contra una piedra ó hiriendo la tierra, con mayor razón prohiben desquitarlas contra un animal; tanto más cuanto que en ese ímpetu inmoderado hay algo que descubre un ánimo salvaje y predispone á una ferocidad y crueldad, mayores todavía, supuesto que, quien es capaz de no sentir compasión de un ser que sufre, aunque sea irracional, se prepara para no sentirla tampoco de los hombres.

Por otra parte, golpear con furia á los animales, es casi un absurdo, porque si lo hacéis para castigarlos por algo que hayan hecho, os ponéis en ridículo, ya que los animales, careciendo de libertad, y obrando por una necesidad de su naturaleza, no hacen ni bien ni mal y no son, por lo mismo, merecedores de pena ni de premio, y si los golpéais para obligarlos á que os sirvan, no es menester que para esto intervenga la pasión que os arrastra á conduciros brutalmente. De aquí que, no se ha de maltratar á los animales, porque la ley divina prohibe las cóleras, las impaciencias y nuestra propia naturaleza racional nos veda obrar locamente; pero en lo que se refiere á los derechos de los animales, la pretensión de fundarse en ellos, muestra solo una completa ignorancia de lo que es un derecho. Y á la verdad, siendo este una relación de razón, donde no hay ésta, ¿cómo podrá existir aquél? Y prácticamente, los grandes protectores de los animales, saben muy bien que a las bestias no les competen privilegios muy singulares. Cuando es necesario hacerlos uncir en los carruajes, ó cultivar el campo, no pierden aquéllos el tiempo en discurrir sobre la incomodidad ó cansancio de los bueyes y de los caballos: no reco-

nocen á las bestias el derecho de vivir, cuando quieren alimentarse con ternera, pollos, pájaros de todas especies y los matan tranquilamente y se los engullen frente á frente de todos los derechos. ¿En qué viene á parar, pues, toda esta protección, en un melindre, en uan afectación ridícula de aparecer humanitarios, con el fin de deslumbrar á los que no ven más allá de las apariencias. Pero hay algo peor, y es la injuria hecha á la caridad cristiana. En una época en que tantas criaturas racionales languidecen de miseria y tantas sufren horribles tratamientos, abandonarlas para ocuparse en los animales y pensar en fortalecerlos, en darles hospitalidad, gastando en esto grandes sumas de dinero, ¿,no es una ignorancia absoluta de lo que constituye la dignidad humana y también la caridad inculcada por Jesucristo? Y sin embargo, es una verdad que muchos niños y muchas pobres mujeres, cuyo patrocinio ninguno piensa en tomar, son maltratados hoy día por padres y madresbestiales; es un hecho que existen familias, en gran número, víctimas del hambre, del frío, de las gravísimas necesidades de la vida, las cuales nadie piensa en remediar y mientras se deja perecer á estos infelices, se toma en serio la protección de los animales, se dan conferencias públicas para aumentar el número de los socios, y se encuentran caballeros y damas que reciben con agrado tales cosas, que les dan su nombre y se consideran honradas con esta compasión á las bestias. Mucho me temo que no solamente se haya perdido en este punto el espíritu cristiano, sino además el juicio,

bastándome haber señalado este peligro, para que sepáis dar á vuestros hijos el concepto que de él conviene se formen.